



Este libro nos permite embarcarnos en un fascinante viaje por las historias de mujeres emprendedoras que, basadas fundamentalmente en su tenacidad y contando con el humilde apoyo del programa Conectarse para Crecer, de Telefónica, han logrado trascender fronteras, superar prejuicios y cumplir sus sueños, gracias a la tecnología.

"Hacer nuestro mundo más humano, conectando la vida de las personas" es el propósito que profesamos en Telefónica y, en este compendio de relatos, se retrata la esencia de nuestro propósito, invitándonos a reflexionar sobre el impacto que la tecnología puede tener en la reducción de brechas.

Mujeres emprendedoras Conectarse para Crecer



Mujeres emprendedoras

Conectarse para Crecer



Conectarse para Crecer

Edición general

© Telefónica

Dirección: Av. San Felipe 1130. Surquillo.

Coordinación general: Ximena Gil y Rocío Villanueva.

Elaboración de historias: Antonio Orjeda.

Diseño y diagramación: Enrique Gallo.

Ilustraciones: Daniela de los Ríos, Sandra Travezaño,
Miyuki Tamashiro Uehara.

Primera edición, noviembre 2023

Se terminó de imprimir en noviembre del 2023 en:

Vértice Consultores Gráficos SAC

Av. Boulevard 1040, Ate

Todos los derechos reservados. Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, siempre y cuando no sea con fines comerciales.

Mujeres emprendedoras

Conectarse para Crecer



Conectarse para Crecer

Las historias que transforman son aquellas que inspiran, y eso es lo que nos ofrece Antonio Orjeda con *Conectarse para Crecer*, libro que nos permite embarcarnos en un fascinante viaje por las historias de mujeres emprendedoras que, basadas fundamentalmente en su tenacidad y contando con el humilde apoyo del programa Conectarse para Crecer, de Telefónica, han logrado trascender fronteras, superar prejuicios y cumplir sus sueños, gracias a la tecnología.

“Hacer nuestro mundo más humano, conectando la vida de las personas” es el propósito que profesamos en Telefónica y, en este compendio de relatos, Antonio retrata la esencia de nuestro propósito, invitándonos a reflexionar sobre el impacto que la tecnología puede tener en la reducción de brechas.

Las diez historias —siete provenientes de Perú, dos del Ecuador y una de Colombia— son testimonios vibrantes de cómo la tecnología se convierte en un catalizador para reducir las brechas y potenciar el desarrollo. Cada una, desde la resiliencia de Iris Chero en *La justicia de Iris*, hasta la visión de Anyela Gómez, en *Para sorberte mejor*, hace palpable el rol de la tecnología como facilitador del cambio, y deja claro cómo son la perseverancia, la creatividad y la valentía de estas mujeres las que impulsan cambios significativos en sus vidas y en la vida de sus comunidades.

Cada relato nos invita a reflexionar sobre la capacidad de adaptación, el poder de convertir adversidades en oportunidades y la importancia crucial de la constancia en el mundo del emprendimiento. Es fundamental enfatizar que estas mujeres no solo han enfrentado desafíos individuales, sino que

han liderado iniciativas con impacto positivo en sus comunidades, contribuyendo al tejido social de sus regiones, lo cual pudo ser amplificado gracias al apoyo de Conectase para Crecer.

A través de estas historias somos testigos de cómo cualquier resistencia cultural o social puede ser superada por el esfuerzo colectivo de comunidades enteras: la transformación no es pues solo individual, sino que esta se propaga a través de la colaboración y el apoyo mutuo.

Con admiración por estas mujeres y sus logros, los invito a sumergirse en estos relatos, les aseguro que cada página revela una lección valiosa sobre resiliencia, liderazgo y el poder de la tecnología para impulsar el cambio.

José Juan Haro

Director de Negocio Mayorista y Asuntos Públicos
Telefónica Hispanoamérica

Ilustrado por:
Daniela de los Ríos



Aurora Loaiza

MI FRUTITA AMARILLA-ANARANJADA

Es arequipeña, antropóloga y desde niña sintió fascinación por el campo y por el aguaymanto, una fruta con múltiples propiedades que ya adulta sembró en su chacra, en Ayacucho, donde fundó una asociación de agricultores que soñó y trabajó para exportar néctares y mermeladas de aguaymanto. Por eso, el 2012, Aurora ganó el premio Conectarse para Crecer. Hoy, su fascinación es otra: la siembra y cosecha de agua. Esta es su historia...

Nació hace 58 años. Dos días después, su mamá falleció. Por ese entonces su papá viajaba seguido, pues dictaba cursos de historia en colegios, institutos y universidades; fue por eso que Aurora hizo la primaria en un internado. A ella no le gustaban las monjas, pero sí estar en la huerta. En su colegio, ellas mismas cultivaban sus frutas y verduras. Fue ahí que conoció el aguaymanto.

La secundaria transcurrió mientras acompañaba en sus viajes a su papá, por lo que debió cursarla en varios colegios. Llegado el momento, él, que tenía ocho hijos de un compromiso anterior, le planteó estudiar medicina en la Argentina, como sus hermanas, pero ella prefirió ir a Puno, donde otra hermana suya era maestra. Una noche, siendo ya universitaria, el tren en el que viajaba se descarriló. Aurora quedó atrapada entre los fierros. Debido al frío extremo el rescate recién pudo ser al amanecer. La encontraron desmayada.

Su salud quedó maltrecha. Sus pulmones fueron los más afectados. Tardó una década en recuperarse. En ese proceso, el aguaymanto resultó de gran ayuda.

Retomó la universidad a los 26 años, aunque cambió de carrera y localidad. Partió a Ayacucho para seguir antropología, le interesaba estudiar los hábitos alimenticios de la gente.

En Ayacucho conoció a personas que huyeron del terrorismo y estaban de vuelta para reclamar los restos de sus muertos, víctimas de la violencia política. Charlaba con ellos, le llamó la atención que consumieran solo hojas de coca y aguaymanto. ¡Esa fruta la estaba persiguiendo! Ellos le explicaron que comerla los tranquilizaba. Aurora se zambulló en su computadora, se dedicó a investigarla... Quedó maravillada.

Encontró, además, un distrito ayacuchano donde crece de manera silvestre. ¡Hasta en las calles! Se llama Iguain, está en la provincia de Huanta y sus agricultores solían eliminarlo o quemarlo, pues crecía entre sus cultivos de habas y maíz, impidiendo que estos se desarrollasen. Ella tenía otros planes. ¿Qué tal si le daba un valor agregado? ¿Si iniciaba la venta de néctares y mermeladas de aguaymanto?

Tiene vitaminas A, B y C, es antioxidante, retarda el envejecimiento, ayuda a cicatrizar heridas, mejora el sistema inmunológico... y, encima, es rico.

Aún no era la fruta con altos índices de exportación que es hoy. Aurora se mudó a Iguain. Compró un terreno. Dio talleres a sus pobladores sobre los beneficios de cultivarlo. Beneficios no únicamente para la salud, ¡económicos! Eso sí, les advirtió que el aguaymanto requiere manejo tecnificado. Para que les quede bien claro, fue la primera en sembrarlo y tratarlo como se debe: con riego diario, abonamiento constante y mucho cuidado.

Con su primera cosecha preparó néctares, mermeladas, también licores. Se le sumó una veintena de agricultores, fundó la Asociación de Productores de Aguaymanto. Navegando por Internet y a través de las redes sociales se vinculó con organismos del Estado y participó en la feria gastronómica Mistrura, donde la contactó Telefónica y la invitó a participar en Conectarse para Crecer. Eso fue el 2012, el año en que obtuvo ese premio.

“Internet nos ha permitido darle una oportunidad a la gente a través de un productito que estaba tirado y que podía convertirse en muchas cosas”.

Con el respaldo de profesores y alumnos de universidades llegó a exportar esa fruta deshidratada, pero era muy costoso. No salía a cuenta. Los miembros de la asociación fueron desanimándose, prefirieron cultivar otros productos, hubo que desactivar la asociación. Aurora buscó otra localidad dónde desarrollar su propuesta, pero tampoco resultó.

Pese a todo, hoy le place que esa fruta sea consumida en todo el país y que, tal como lo vislumbró, haya tantos productos hechos con aguaymanto. Para producirlo de manera tecnificada —ella lo sabe bien— es necesario el riego constante, pero el agua —hoy más que nunca— es un recurso escaso. ¿Qué está haciendo al respecto esta antropóloga? Pues ha incursionado en la siembra y cosecha de agua.

Recurriendo al conocimiento ancestral de los antiguos peruanos construye *cochas* —lagunas, en quechua— en las alturas de Iguaín y reforesta cerros con plantas nativas que contienen la humedad. Así, evita que el agua se escape.

Esto está ocurriendo en Ayacucho, adonde Aurora llegó para quedarse. ●

Iris Chero

LA JUSTICIA DE IRIS

Ella creció viendo a su madre y a su abuela elaborar bellos sombreros por los que los comerciantes les pagaban una miseria. A pie, los llevaban desde sus caseríos a Catacaos, en Piura. Para colmo, recibían solo la mitad de lo acordado. Las obligaban así a volver por el resto la siguiente semana, con más sombreros que ellos vendían a un precio cinco veces mayor. Harta y con solo 19 años, Iris organizó a las artesanas y fundó una asociación.

Iris teje desde los 8 años. Aprendió alentada por los retos que les lanzaba su abuela durante los recreos del colegio. “Los que terminen de tejer las asas para estas canastas de junco, ¡se ganan un huevo sancochado!”. Así, a los 13 años ya sabía confeccionar sombreros; y, a esa edad, vendió el primero.

Para entonces las cosas eran un poco diferentes en Catacaos. El Ministerio de Cultura, por ejemplo, invitaba a las artesanas a participar en ferias. Antes, para evitar el abuso de los comerciantes, ellas a veces se instalaban como ambulantes al pie de los mercados, pero eran botadas por los municipales. A los 13 años, sin embargo, en esa feria, Iris recibió 65 soles por su trabajo. Eso era una fortuna para ella. ¿Qué hizo? No se compró ropa nueva, sino paja toquilla. ¡Más materia prima para hacer más sombreros!

Quiso ser administradora de empresas, pero no ingresó. ¿Su siguiente opción? Mecánica automotriz. “¡Eso es de hombres!”, gritó su papá. Como él es-

Ilustrado por:
Hitoshi Vargas



taba sin chamba, estudió secretariado ejecutivo para buscar empleo lo antes posible y apoyar a su familia.

Aprendió a navegar en la web, indagó sobre moda, tendencias, jamás paró de tejer. Y como el abuso contra las artesanas persistía, fundó la Asociación Ñari Wallac. Las unió para trabajar en equipo, ¡también para innovar! Pronto, a los sombreros tradicionales les sumaron nuevas creaciones, una mayor variedad de colores, productos originales, ¡adornos navideños!

Su propuesta llamó la atención. Fueron invitadas a Perú Moda justo cuando Iris acababa de ser mamá. No podía dejar pasar esa oportunidad, así que encargó la bebe a su mamá y partió. Días después, regresó con una sorpresa: ¡su primer pedido del extranjero! Ochocientas piezas que volaron a Costa Rica desde los caseríos piuranos de Pedregal Grande, Pedregal Chico y Narihualá.

Era preciso cuidar la calidad de sus acabados. Con ese fin, la asociación brindó talleres a sus socias. No fue sencillo, pues hubo maridos que iban y silbaban desde la calle, en señal de que sus mujeres debían salir e ir a sus casas para atenderlos.

“Ustedes tienen que hablarles. Ellos tienen que entender que si ustedes no tejen, ellos no comen. ¡Se tienen que valorar!”

A algunas les costó mucho, sentían temor. Pero eso cambió. Unidas, se dieron soporte. Poco a poco fueron ganando amor propio. Obviamente, a Iris también le tocó hacerle el pare a su pareja.

“Tú no me has conocido ociosa. Yo tejo, esta es mi vida, mi trabajo; tú no me vas a quitar nada”

Así de clara fue, del tema no se habló más. El 2013 ganaron Conectarse para Crecer y, tal como hizo de niña, orientó a sus colegas para invertir el premio

en la compra de materia prima. Para entonces, sus celulares eran ya las herramientas vitales que a estas 220 artesanas les permitían coordinar y crecer.

Hoy, la Asociación Ñari Wallac no está integrada únicamente por mujeres, pues los niños que las acompañaban a sus primeras reuniones han crecido y ahora son jóvenes orgullosos de sus mamás, además de excelentes tejedores. Algunos son profesionales, y tienen claro que fue el esfuerzo y el arte de estas artesanas lo que contribuyó a ello.

Josie, la hija mayor de Iris, estudia negocios internacionales. A nadie le sorprende, pues desde que estaba en el colegio se la pasaba ideando emprendimientos vinculados a las tareas de la fundadora y representante de Ñari Wallac. Su meta es conseguir que la asociación tenga presencia real en el extranjero. Es decir, que abra tiendas en otros países. Iris la escucha y le bromea...

“Que Dios te escuche, ¡porque las palabras se las lleva el viento!”.

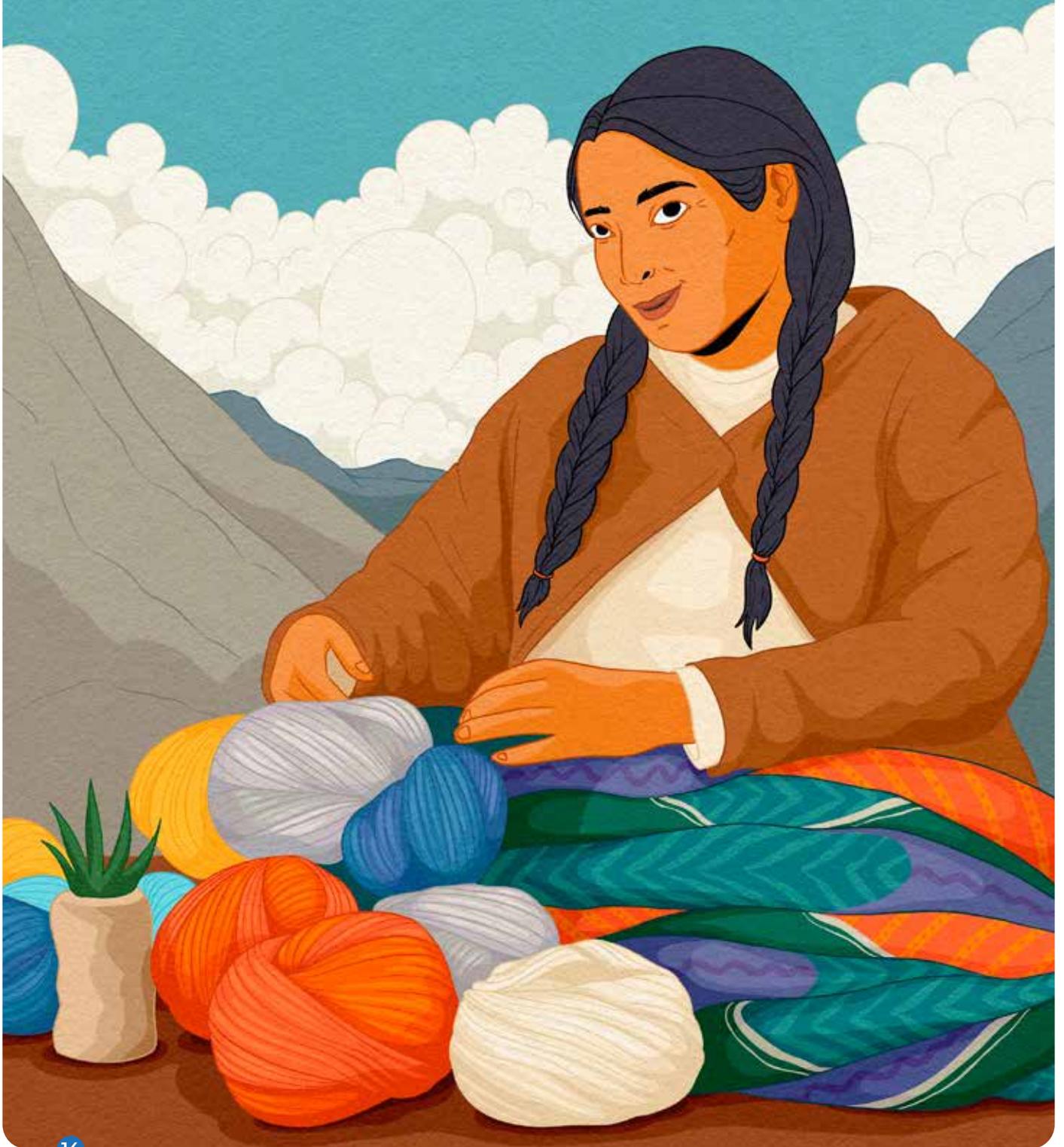
Stalin, el menor, tiene 5 años y les informa a todos que él es el asistente de Iris. Toma fotos de los productos, contesta las llamadas, pide que dejen el mensaje con él porque su mamá está ocupada.

En las sobremesas, en familia, a veces recuerdan los primeros días. Esos, cuando debían soportar el abuso de los comerciantes. Cuando a estos no les quedó más que asumir que el crecimiento de la asociación era incontenible, resignados, le rogaron que les vendiese. ¿Qué les respondió Iris?

“¿Para que me pagues una miseria? Prefiero guardar mis sombreros y venderlos en una feria o por las redes sociales”.

Ella ha hecho justicia. ●

Ilustrado por:
Daniela de los Ríos



Justina Montalico

FUERZA AYMARA

Concentradas, vistiendo sus tradicionales polleras, ellas navegan por Pinterest en busca de nuevos diseños. Sus tejidos se exhiben en tiendas de Alemania, Suiza y España. A través de las redes sociales, coordinan con cada uno de sus clientes europeos y, una vez que identifican qué chompas, qué bufandas, qué nuevas prendas podrían gustar allá, se lanzan a la aventura de crear, junto a todas sus compañeras de la Coordinadora de Mujeres Aymaras.

Esta organización fue fundada en el distrito puneño de Juli. ¿Quién es su actual presidenta? Justina, aunque ella no nació allí, al pie del Lago Titicaca, sino en las alturas de Conduriri, donde el frío es realmente frío y no hay calefacción. Allá es imposible vivir de la agricultura, por eso sus padres, abuelos y vecinos, se dedican a la crianza de alpacas, llamas y carneros.

Aunque, para que Justina pudiese hacer el colegio, su papá bajó a Juli con ella y aprendió a ser zapatero. Ese fue su oficio hasta que ella acabó la escuela. Cuando eso ocurrió, ella conoció a quien sería el papá de su hijo y se quedó a vivir allí. Su padre regresó a las alturas (para entonces, ya le había enseñado a tejer).

Con lana de alpaca —que él mismo había trasquilado— lo veía hacerse sus propias prendas. ¡Le encantaba! Por eso empezó a tejer a los 8 años; y, en el

colegio, perfeccionó la técnica. Ese aprendizaje es clave en regiones como Puno, pues el índice de pobreza es alto y parte del alumnado puede terminar dedicándose al tejido o bordado.

“Cuando uno no ha estudiado —ni uno ni la pareja— y no hay de dónde sacar, tienes que ver a qué te dedicas; y acá, en Juli, mayormente nos dedicamos al bordado”.

A eso se dedicó; e igual que otras artesanas se inspiraba en sus costumbres cotidianas para recrear coloridas escenas que adquirirían los turistas. Aunque ellos no le compraban, sino intermediarios que le pagaban muy poco. Su situación económica no marchaba bien, y empeoró, pues su hijo Max tenía 6 años cuando su papá los abandonó. ¿Qué iba a ser de sus vidas?

Indagó, se enteró de que había grupos de mujeres que se apoyaban entre ellas: mujeres bordadoras, madres del vaso de leche... Así conoció a Jesús Candia, quien desde entonces es su compañera de lucha. Con otras artesanas fundaron la Coordinadora de Mujeres Aymaras. Años después, un obispo les habló de un español que estaba por iniciar un proyecto, que planeaba trabajar con artesanas organizadas e instruir las para que dejen de vivir con las justas y sean —por fin— autosostenibles.

Ese señor resultó ser el director de GESPLAN, un grupo de investigación de la Universidad Politécnica de Madrid que, con representantes del municipio de la capital de España y de la ONG Diseño para el Desarrollo, organizó talleres para Justina y sus colegas de la Coordinadora de Mujeres Aymaras. Talleres para mejorar sus técnicas de tejido y también para levantarles la autoestima.

Así, a la par que aprendían a combinar colores según el gusto europeo, se iban reconociendo como artistas, como las responsables de sacar adelante a sus hijos, a sus familias. Eran trescientas mujeres tejedoras tratando de con-

quistar un mercado para sus prendas. Llegaron a ferias como Perú Moda, a tiendas en España y, el 2016, obtuvieron el premio Conectarse para Crecer.

Sus ingresos, precisamente, habían crecido gracias al uso de herramientas como Internet, las redes sociales y los teléfonos celulares.

“Antes, cuando no había celular, para comunicarnos teníamos que viajar—incluso días—, dejando nuestras casas”.

Por eso agradecieron la capacitación recibida sobre cómo aprovechar al máximo las aplicaciones de sus teléfonos; y, todo lo aprendido, lo compartieron con sus compañeras. Aquellas con solo educación primaria, desde entonces manejan el WhatsApp con normalidad; otras, las más avanzadas, navegan en busca de nuevos diseños, coordinan con sus clientes extranjeros, cierran tratos mientras las demás tejen las prendas que pronto partirán desde la milenaria Juli.

Tras el premio, Justina regresó a la provincia donde nació y fue felicitada. Eso la enorgullece. La pandemia, sin embargo, las golpeó duro, lo mismo que las protestas de este año contra el Gobierno. Pero ellas persisten. Total, en su caso, teniéndolo todo en contra ha logrado sacar adelante a Max, quien estudió cocina y sabe tejer, igual que el común de chicas y chicos que crecieron acompañando a sus madres a las reuniones de la Coordinadora de Mujeres Aymaras, que ella preside.

Guadalupe, su nieta de 12 años, teje bonito. “¡Desde chiquita cogía sus lanas y palitos!”. Le gustaría que más adelante se una a la organización, que no pierda su identidad aymara. En tanto, a las nuevas integrantes les cuenta su experiencia y aconseja ser responsables con los demás y solidarias entre ellas. Ese es el secreto. ●

Rita Suaña

LA PUNEÑA IMBATIBLE

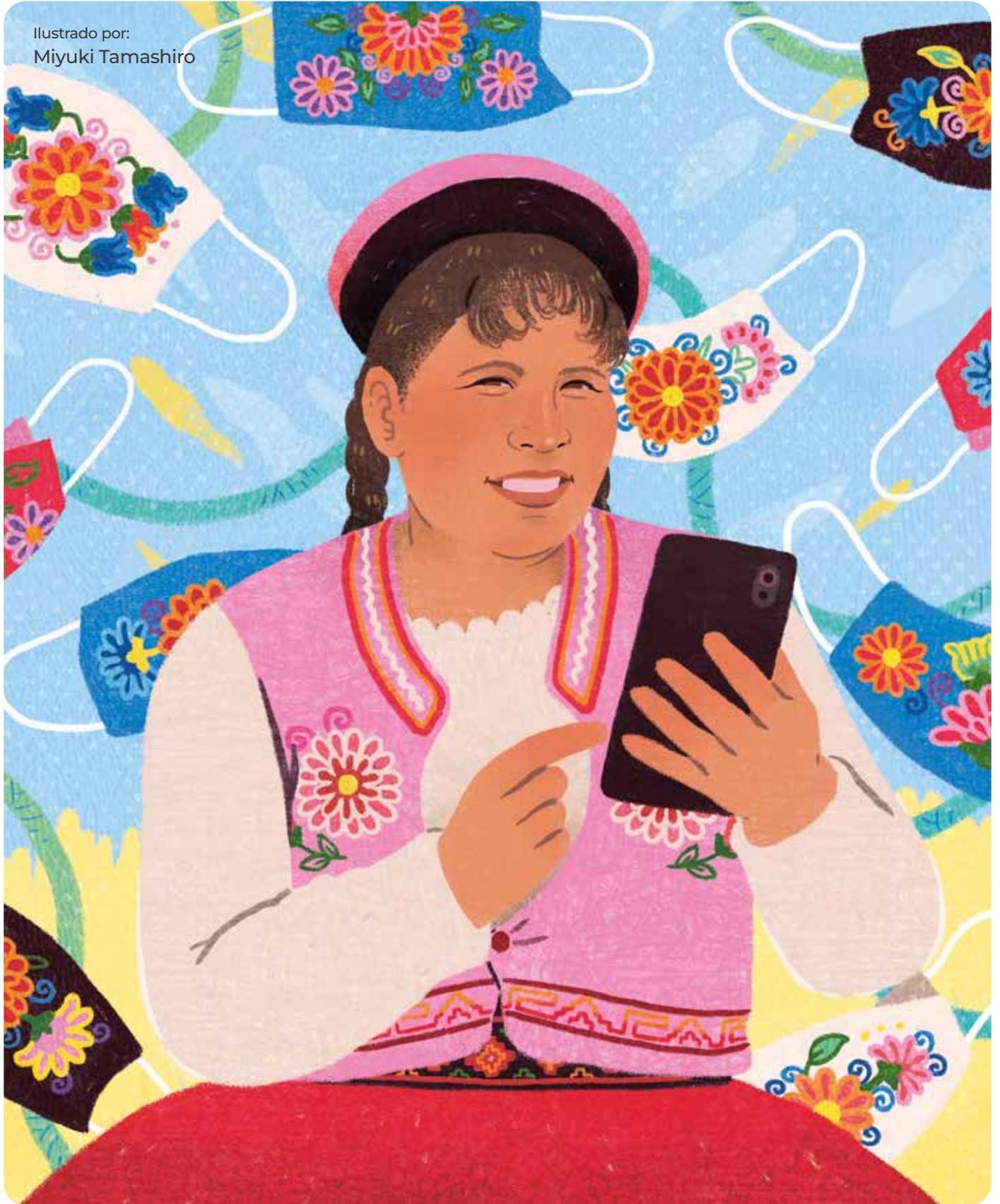
Su papá tiró la toalla. Todo lo gastado en la educación escolar de sus hijas mayores había sido en vano, pues ni bien acabaron la escuela, se casaron y no estudiaron más. Tan molesto estaba, que decidió que Rita haría solo la primaria; y no dio marcha atrás. Ella, sin embargo, y a diferencia de sus hermanos mayores que sí terminaron el colegio, llegó a ser alcaldesa. La primera mujer en ocupar ese cargo en el centro poblado Uros Chulluni, en Puno.

Como toda su familia, Rita nació en una de las más de cien islas de totora que flotan sobre el lago Titicaca. Islas artificiales en las que esta emprendedora de 48 años se ha desarrollado. Aprendió a bordar a los 8. Como es costumbre en esas islas, en sus bordados retrataba escenas de su vida. Lo bueno y lo malo. Cómo sus padres se dedicaban a la pesca y cómo ciertas autoridades les decomisaban sus productos. ¡Por eso de niña soñaba con ser abogada! Pero ya se dijo: solo estudió la primaria.

Pese a ello, no tardó en destacar por sus bordados y su capacidad para innovar.

“He nacido con esta habilidad: me imagino algo y lo hago realidad con mis manos. Muchos se sorprenden. ¡Hasta yo me sorprendo!”

Ilustrado por:
Miyuki Tamashiro



Y lo mejor, es que desde chica le encantó compartir. Fue creciendo y eran cada vez más las comunidades que la llamaban para que vaya a enseñarles su técnica y sus creaciones. ¡Rita se quería dedicar a eso! Ser una educadora comunitaria, pero no le permitían postular a una plaza. Sí, por su falta de estudios. “¡Mi universidad es la vida misma!”, se defendía.

No dejó de visitar comunidades, a mujeres artesanas a las que instruía para que no dependiesen de un varón, para que tengan sus propios recursos, para que puedan aportar a sus familias y, también, para darse sus gustos. ¡Por qué no! Rita no se callaba nada. Quizás por eso un candidato a la alcaldía la invitó a que se postule como regidora de su centro poblado. Obviamente, obtuvo el cargo.

Le gustó. A tal punto, que en la siguiente campaña electoral se presentó como candidata a regidora provincial, pero perdió y no quiso saber más de política.

Una mañana, su esposo regresó de la ciudad con esta novedad: la gente lo había parado en la calle, le pidieron que la convenciera de postular a la alcaldía de Uros Chulluni. Sus tres hijos estuvieron de acuerdo. Ganó y cumplió su promesa de instalar paneles solares en cada una de las islas.

Gracias a ello, las artesanas pudieron bordar de noche y, los escolares, dejaron de hacer sus deberes alumbrándose con velas y mecheros que, si los chicos se quedaban dormidos, podían provocar incendios.

Pese a ello, también sintió el rechazo de quienes no aceptaban ser gobernados por una mujer. Por eso, una vez que acabó su gestión, se dedicó a pensar en cómo podía frenar el machismo. En esas estaba Rita, cuando se desató la pandemia. Sus compañeras acudieron a ella, estaban desesperadas, pues debido a la cuarentena ya no tenían ingresos, no había turistas a quienes venderles sus preciosos bordados. ¿Qué iban a hacer? Rita, una vez más, salió al rescate.

A la mañana siguiente tuvo la solución: confeccionar mascarillas bordadas como solo ellas lo saben hacer. Mascarillas tan bellas, que todo el mundo las quiera tener. Así fue, la prensa nacional se enteró y, encantada, partió a Puno, a orillas del lago Titicaca, se subió a una lancha y navegó hasta llegar a la isla donde ella le mostró sus coloridas maravillas. Los pedidos se dispararon. Ella y sus colegas contaban con una herramienta clave: el celular.

“Para nosotras es muy importante. Antes, tenías que subir al mirador para comunicarte a gritos de una isla a otra —‘Holaaa, ¿hay reunión?’— o usábamos banderitas. Y si te ibas a la ciudad, no había cómo contactarte”.

Eso se acabó. Ahora atienden pedidos y coordinan entre ellas con facilidad. En plena pandemia, crear un grupo de WhatsApp les fue súper útil; Rita les compartía fotos de sus nuevas creaciones y coordinaban las entregas que debían efectuar. Las videollamadas y reuniones vía Internet hoy son su rutina. Por eso, el 2021 ganaron el premio Conectarse para Crecer en la categoría Mujer Emprendedora.

Durante su periodo como alcaldesa, Rita culminó la secundaria. Su papá es el hombre más orgulloso, lo mismo que el esposo y los tres hijos de esta lideresa que confiesa que ya no pueden vivir sin su celular.

“Es como una amiga, un familiar, ¡tiene que estar siempre!”.

Claro, el único inconveniente es cuando se les cae, pues como suelen trasladarse navegando por el Titicaca, muchos terminan en sus aguas. “¡Cuántos habrá en el fondo!”, dice entre risas esta puneña imbatible. ●

Ilustrado por:
Sandra Travezaño



Anyela Gómez

PARA SORBERTE MEJOR

Fueron una niña y un niño los que le dieron la idea más importante de su vida. ¿La verdad? Ellos ¡ni cuenta se dieron! Anyela estudiaba en una universidad en Lima. Estaba de visita en Huancayo, la tierra donde nació, cuando tras almorzar con sus papás en un restaurante campestre le provocó caminar, salir a curiosear por los alrededores. Fue entonces que vio corretear a ese par.

Paseando por un cultivo de papas lo escuchó pedirle a la niña que le diera una pajita. Anyela observaba: ella arrancó una planta larga como un tubito, él la partió con sus manos e introdujo en una botellita para sorber su contenido... Usó esa planta como sorbete, ¡en lugar de una cañita de plástico! Algo hizo clic en ella. ¿Y si más personas hiciesen lo mismo? ¡Eso sería buenísimo para el cuidado del medio ambiente! ¿Y si ella hacía realidad esa gran idea?

En la universidad, justo había aprendido qué era una empresa social. Es decir, una organización que ayuda a transformar, a mejorar una realidad; y creyó haber dado con una buena alternativa para dejar de consumir tanto plástico.

De regreso en Lima, se lo comentó a los compañeros con los que participaba en un programa de liderazgo. Su idea gustó, se pusieron en acción y no pararon hasta que comenzaron a producir sus primeras cañitas naturales.

El efecto fue inmediato: llamaron a su marca Ayru (planta, en una lengua nativa del centro del Perú), crearon una página de Facebook y —para su sorpresa— los comenzaron a llamar de reconocidos hoteles y restaurantes. Anyela tenía 21 años. Ni ella ni sus amigos podían creer lo rápido que todo estaba ocurriendo. Por su juventud e inexperiencia, hubo clientes que dudaron de su capacidad. Ellos no tardaron en probarles que trabajaban con seriedad.

Sin embargo, a medida que los pedidos aumentaban, sus socios perdían interés. Claro, porque Ayru nació como parte de un taller universitario, y ellos seguían carreras orientadas a otros fines. Querían seguir estudiando, no dedicarse a un emprendimiento. Con Anyela pasó todo lo contrario. Su profesión tampoco tenía que ver con producir y vender cañitas naturales, pero ella tenía una motivación adicional: estaba liderando una empresa social.

Una empresa que evitaba el uso de plástico y que, además, beneficiaba a campesinos que vivían en zonas remotas, pobres y con climas bravos. Ellos y sus familias le proveían de las plantas que ella convertía en sorbetes.

Para dar con cada uno de sus proveedores, Anyela viajó y caminó horas para llegar a diversas comunidades en Cajamarca, Áncash, Junín, entre otras regiones de la sierra. Hasta antes de su visita, esas familias llamaban a esa planta ‘trigo malo’, pues no servía para nada.

Como crece cerca de sus cultivos de papa, ellos la arrancaban, juntaban y quemaban. ¡Hasta que apareció esta jovencita queriendo comprarles su ‘trigo malo’! Algunos le cerraron la puerta, creyeron que estaba loca. Otros, los que sí le prestaron atención, se unieron a Ayru y comenzaron a experimentar un notable crecimiento en sus economías.

Sus dos socios dejaron la empresa, Anyela estaba por cerrar tratos con clientes del extranjero, y cayó la pandemia... No hubo más pedidos. Los hoteles y restaurantes desaparecieron. Pasaban los meses y nada; sus proveedo-

res, las familias de campesinos, le preguntaban qué hacer. ¡Tampoco sabía! Por eso significó tanto para ella el haber ganado ese mismo año —el 2020— el premio Conectarse para Crecer.

“Ganar fue una señal de que debía seguir adelante”.

Tenía 23 años, creía que debía ponerle fin a su emprendimiento, pero ser reconocida como Mujer Emprendedora la fortaleció. ¿Qué hizo? Empleó ese largo periodo de pausa para reinventarse, pensar qué era lo mejor y, también, para rechazar ofertas de compra. Claro, porque era tan buena su propuesta, que le ofrecieron adquirir su empresa, que trabaje para ellos y así llevar las cañitas naturales a todo el mundo.

Por supuesto, no les interesaba la parte social. ¿Seguir comprándole ‘trigo malo’ a los campesinos? ¡Para qué! Precisamente por eso, les dijo que no.

Tuvo paciencia. Se dedicó a asesorar a otros emprendedores; y, el verano del 2022, regresó con un nombre nuevo: Kuru (semilla en quechua).

Hoy está en Australia, aprendiendo más sobre empresas sociales, mientras ve desde allá la parte comercial del emprendimiento. Pamela, su hermana mayor, se encarga desde aquí de todo lo demás. Quince campesinas de la comunidad jaujina de Acolla son sus proveedoras, quince mujeres que son cabezas de familia y que, gracias a estas cañitas, sienten cómo sus vidas y las de sus hijos marchan mejor.

Sus clientes han vuelto. Anyela tiene 26 años y ve más crecimiento en su futuro; también algún nuevo error que, probablemente, irá a cometer.

“No le tengo miedo al error ni al fracaso. ¡Me gusta aprender de cada error!”. ●

Lorena Parra

EL LLANO ES VIDA

Ella, una experta en redes sociales, no tenía señal. Esta historia transcurre en Colombia, en los Llanos Orientales. Zona agrícola, petrolera y ganadera. En camioneta, desde Bogotá —donde Lorena creció—, llegar puede tomar cuatro horas. Claro, dependiendo del estado de la carretera, porque las inclemencias del tiempo llegan a convertir esas cuatro horas en ¡diecisiete!, afirma ella, que tras haber sido toda su vida laboral una ejecutiva citadina, ha encontrado en los llanos su verdadera razón de ser. ¿Cómo así?

Lorena nació en la moderna Bogotá, vivió un par de años en Alemania, estudió en Estados Unidos. Se casó con un hombre de negocios que como ella recorría el mundo, fueron padres y, cuando Luis Alejandro tenía dos años y medio, se declaró la cuarentena. La pandemia obligó a la humanidad a vivir encerrada en sus casas.

En busca de mayor espacio y bienestar, partieron a la hacienda de la familia de su esposo, en los Llanos Orientales. No había señal, pero no importaba. Total, seguro el coronavirus se iría pronto.

Aprovechó para pasear en bicicleta por ese ambiente rural y diferente, para fotografiar aves y demás animales. Después de más de una década en el mundo corporativo, destacando como experta en mercadeo y tecnología,

Ilustrado por:
Sandra Travezaño



esos días de bellos atardeceres le eran útiles para oxigenarse... hasta que se convirtieron en semanas, ¡meses!

Se acababa de independizar, había creado una compañía de redes sociales, ya tenía cinco clientes y, desde la hacienda y sin señal, no los podía atender. Compró entonces una antena, esta fue instalada, ¡volvió la nueva normalidad! Hasta que una mujer y tres niños la fueron a buscar.

En las inmediaciones de la hacienda vivían familias pobres, que jamás podrían adquirir una antena. En vista de que las clases escolares se habían restablecido de manera virtual, el Gobierno Colombiano enviaba guías educativas a los escolares a través de las redes sociales. Ok, pero, ¿y las niñas y niños que en sus zonas no tenían señal? ¿Qué debían hacer?

Caminar. Para captar señal debían caminar kilómetros, durante una, dos horas. Eso fue lo que le comentó esa madre de familia. La mayor de los niños le contó que venían perdiendo clases, que se estaban atrasando; le pidió que les deje visitarla para también poder beneficiarse de su antena.

“No podía ser que un niño no se estuviese educando porque debía caminar dos horas en busca de señal y yo, teniendo el privilegio de contar con una antena, no se las compartiera”.

No tardó en correrse la voz de que la señora Lorena estaba dando acceso a su antena y, pronto, debió establecer horarios de visita, pues los 19 niñas y niños de la zona convirtieron su sala en el lugar donde recibían su guía de estudios y realizaban sus tareas. Durante esa temporada, Luis Alejandro creció convencido de que su mamá era maestra de escuela.

¿Escuela? Ese fue su siguiente paso. A dos kilómetros de la hacienda había una escuela abandonada. El clima, las lluvias, venían pudriendo sus instalaciones. El 2021 había llegado y la pandemia no tenía fecha de partida, así

que la mamá de Luis Alejandro invirtió en remodelar sus baños y un aula. Su esposo le planteó trasladar ahí la antena, convertirla en un bien colectivo; ella compró cuatro computadoras y listo.

La llamó: Aula Virtual Jaguar, en honor al felino emblemático de los llanos. Ese año escolar fue iniciado en un espacio que terminó convirtiéndose en el epicentro de una pequeña revolución en su comunidad, pues los adultos también comenzaron a usar las computadoras, Lorena les explicó que podían tomar clases *online*.

“Veía las caras de agradecimiento de esos niños, de sus familias... ¡Eso nos unió!”

En una zona con madres con 14 hijos era clave difundir educación sexual. Así, el Aula Virtual Jaguar fue visitada por expertos que brindaban charlas a grandes y chicos. Lorena quería más, ¡remodelar el parque infantil! Le puso nombre a su iniciativa: El Llano es Vida; creó un logo, también la manera cómo financiarla: a través de la producción y venta de prendas de vestir de primera calidad con los animales del llano estampados. Nadie las compra solo por apoyar, sino porque son unas bellezas.

Si entonces le hubiesen preguntado a Luis Alejandro: ¿A qué se dedica tu mamá? Habría dicho: “Vende cachuchas” (gorras, en colombiano). Hoy, que tiene 6 años y sabe que ella ha comenzado a expandir su obra, afirma: “Ayuda a niños que no son tan afortunados como yo a que tengan un buen Internet”.

Ella, que ese 2021 fue reconocida con el premio Mujer Emprendedora Rural por transformar con tecnología las zonas rurales de su país, asegura que la pandemia cambió su vida, le permitió encontrar algo que se convirtió en su proyecto de vida.

“No voy a cambiar Colombia, pero este es mi granito de arena”. ●

Ilustrado por:
Milagros Mattos



PAMELA MINCHALA

Pamela Minchala

CONSTANCIA ECUATORIANA

Ver en las redes sociales que excompañeros de la aerolínea donde trabajó ofrecían cebiches y otros potajes, la conmovió. Años atrás, Pamela había renunciado para dedicarse a sus hijos, pero entonces era el 2020 y, arrastrada por la pandemia, esa compañía cerró, dejando en la calle a seiscientas personas. Sin empleo y en cuarentena, su situación era crítica. Por eso vendían comida. Su esposo también había perdido el empleo, pero su caso era distinto. ¿Cómo podía ayudar a sus amigos? Ella ideó una aplicación.

Licenciada en marketing, en su iPhone tenía la carpeta “Ideas de negocios”. En esta, el 2015 anotó: Crear una app para apoyar emprendimientos.

Un lustro después, con el coronavirus alterando al planeta, le parecía injusto que las grandes cadenas de restaurantes tuviesen presencia en las aplicaciones de *delivery* y, las modestas propuestas gastronómicas de sus amigos, no.

Ricardo, su marido, había recibido una indemnización que les dio tranquilidad durante unos meses. Incluso le permitió a Pamela colaborar con sus excolegas de la aerolínea. Pero ese fondo empezó a decaer. Las ofertas de comida, por el contrario, se tornaban aún más desesperadas.

A través de las redes sociales se enteraba de que varios amigos dejaban la ciudad de Guayaquil —sí, porque esta historia transcurre en Ecuador—, de-

bían retornar a sus localidades de origen, incluso a las casas de sus padres. Para otros, ofertar comida era su única alternativa.

“Gordo, creo que debemos hacer una app”.

Ricardo la escuchó. Él, ejecutivo con amplia experiencia en ventas y gestión de proyectos, se interesó. “Explícame esa idea tuya”. Era simple: crear una aplicación para apoyar a los emprendimientos gastronómicos pequeños, pues seguro debía haber más personas haciendo lo mismo que sus amigos. “Es una excelente idea”. Había que concretarla. El segundo semestre del 2020 dieron inicio a esa aventura.

Él tenía un mentor, un hombre de negocios a quien le compartió la idea de Pamela. “Si vendemos el carro, podemos hacer la aplicación”. El mentor le vio futuro, le planteó que si les faltaba efectivo contaran con él. Al final, invirtieron más de cien mil dólares. Buscaron a desarrolladores en México y Argentina, pero al final trabajaron con uno de su país que les aseguró que la app estaría lista en seis meses. No fue así.

¿Lo positivo? Su idea ya tenía nombre: Casa Chef.

Pasaron trece meses, era ya el 2022 y la app aún presentaba fallas. Algunos emprendimientos de sus amigos —que se habían sumado a su propuesta— no dieron más. Quebraron. Unos consiguieron trabajo, otros debieron cambiar radicalmente sus estilos de vida. Pamela, Ricardo y sus cuatro hijos, también. ¿El que más dolió? Pasar a los chicos de un colegio privado a uno fiscal.

En vista de que el tiempo pasaba y los resultados tardaban, el mentor de Ricardo pasó a ser el soporte de Casa Chef y les asignó un sueldo. No cubría los gastos a los que estaban acostumbrados, pero les dio tranquilidad.

Tras años abocada a la crianza de sus hijos, Pamela volvió a la labor ejecu-

tiva. Lo suyo era coordinar con los desarrolladores de la aplicación, Ricardo se hizo cargo de la parte comercial. Al inicio, trabajar juntos fue complicado, hubo fricciones, que ambos supieron limar.

Casa Chef debía ser realmente útil, no bastaba con ser un catálogo de ofertas gastronómicas. Debía ofrecer la posibilidad de pago e incluir la gestión de entrega del producto. Pamela consiguió que sea así, pero ya era mediados del 2022. Lo que tocaba era promocionar su app, pero ya se habían quedado sin recursos. Era frustrante. Necesitaban algo que les diese ánimo y, a fines de ese año, ella obtuvo el premio Conectarse para Crecer.

“Me postulé porque sabía que nuestra app tenía muy buena acogida. Nos faltaba invertir mucho dinero en publicidad. Ese era nuestro escollo”.

Para entonces, su financista les sugirió dejarlo todo ahí. No iba más. Ninguno de los dos estaba dispuesto. Se dieron un último plazo: marzo del 2023. Si para entonces no habían conseguido los fondos, adiós Casa Chef. Entonces ocurrió lo inesperado. El primero de enero, Ricardo recibió una llamada. ¿De quién se trataba?

Un año antes había asistido a un encuentro entre emprendedores y potenciales inversionistas, y a uno le atrajo su aplicación. Se reunieron, pero no supo más de él... hasta que entró esa llamada.

Lo volvió a citar. El inversionista se sintió tan atraído por los avances que habían alcanzado, que le contó que venía desarrollando una súper app y le propuso que a través de Casa Chef se maneje la venta de alimentos. Le atraía plenamente su propósito: dar visibilidad a pequeños emprendimientos gastronómicos. Cerraron el trato. El lanzamiento está previsto para este año.

O sea, Pamela y Ricardo ahora pueden abocarse únicamente a su app. Valió la pena tanta constancia. Al final, ¡se hizo la luz! ●

Gladis Grefa

TEJEDORA DE ESPERANZA

Una catedrática chilena vuela desde Ecuador a universidades de Inglaterra y Alemania para participar en foros y eventos y, adonde llega, saca de su bolso coloridos animales amazónicos que han sido tejidos por mujeres kichwas. ¿Por qué lo hace? Simple: ella es una convencida difusora del arte de la Asociación Awakkuna, que integran artesanas ecuatorianas lideradas por Gladis Grefa, su más aplicada alumna.

Gladis nació en San Pablo de Ushpayacu, en la selva de Ecuador. Cuenta que allá las mujeres se dedican al cultivo de cacao, plátano y maíz; y, los hombres, a la albañilería. Sexta de once hermanos, quería ser profesional para aportar a su comunidad. Por eso partió a Quito, para trabajar y pagarse así los estudios universitarios. Su primer año resultó como planeó, pero perdió el empleo y todo se acabó.

Pese a su eficiencia, no le renovaron el contrato. ¿Qué pasó? Gladis fue víctima de acoso laboral. Denunció a su jefe. Ese fue su ‘error’.

Tenía 21 años. Frustrada, regresó a San Pablo de Ushpayacu para trabajar la tierra con su mamá. Su vida transcurrió, conoció a quien sería el papá de sus dos hijos y se mudaron a Atacapi. Ahí, el 2014, ocurrió algo que alegró a esa comunidad. Arribó una nueva vecina: la Universidad Regional Amazónica Ikiám; que desde entonces acoge a estudiantes interesados en biodiversidad, recursos naturales y sostenibilidad.

Ilustrado por:
Hitoshi Vargas



Con ello, hubo más oportunidades de trabajo en Atacapi. Varias señoras ingresaron como personal de limpieza.

Una de sus catedráticas, la bióloga chilena Caroline Bacquet, creó un club de tejido para estudiantes y maestros al que también invitó a las señoras de limpieza y, después, a todas las mujeres de la comunidad.

¿Qué tejían? Réplicas de animales de la zona. ¡Por pura diversión!

Por ejemplo, tejían un gusano al que muchos temen y llaman ciega. Mide unos 20 cm, es blanco con manchas negras. ¿Por qué les da miedo? Porque creen que si lo encuentras en tu casa es el anuncio de que alguien morirá. Por eso, para perderle el miedo, se dedicaron a tejer ciegas.

Gladis, que ya se les había unido, vio en esa práctica algo más: vio una oportunidad para emprender (y sintió esperanza).

Su vida familiar no era la mejor. Estaba cansada de depender del dinero de su pareja. Por eso la animó todo lo que tejer esos animalitos podía significar; y se dedicó a perfeccionar su técnica. El papá de sus hijos se burlaba. “Búscate un trabajo real”, le decía. Finalmente, la abandonó.

“Si hago animales exóticos y en vías de extinción, ¡los puedo vender!”.

Esa fue su consigna y la universidad la apoyó. Ofrecía sus productos, la acogida fue tan positiva, que reclutó a más artesanas. Realizó talleres, uniformizó la calidad de los acabados. Monos, tortugas, armadillos. Coatíes amazónicos, lagartijas, chontacuros. Juntas, tejían de todo.

“Me di cuenta de que mi trabajo era bueno y honesto, de que podía mantener a mis hijos y promover mi cultura. ¡Tener amor propio! Por eso lo compartí con más mujeres”.

Las parejas de estas protestaron, decían que la mujer debía estar en la chacra o en la casa, atendiendo a los hijos y preparándole chicha al varón. Una vez que vieron que incluso les pagaban en dólares, las dejaron tranquilas, incluso las motivaban para que no dejen de tejer.

Sus animalitos llegaron a ser exhibidos en las ciudades, el emprendimiento se iba para arriba, y cayó la pandemia.

Eso, sin embargo, tuvo un aspecto positivo para la asociación de tejedoras que entonces Gladis ya había fundado: la necesidad las acercó a la tecnología. En corto tiempo dejó de parecerles atractivo exhibir sus creaciones en las tiendas de terceros, ganando pequeños porcentajes, pues, gracias a Internet, pasaron a tratar directamente con sus clientes.

Crearon una web, vía Facebook e Instagram promocionaron sus creaciones. Por todo eso, el 2022 recibieron el premio Conectarse para Crecer. Por Internet se enteraban de concursos para emprendedores en plena pandemia. Concursos virtuales. Ganaron varios. Creyeron que el de Telefónica sería similar, pero no. La lideresa de la Asociación Awakkuna debió asistir a un evento presencial y sustentar por qué merecían ganar.

Así lo hizo. Expuso sobre las más de cincuenta especies amazónicas que elaboran, cómo se organizan, cuánto han crecido sus economías y su autoestima; también sobre sus nuevos planes: tejer personajes de la mitología kichwa, rescatar cuentos ancestrales...

“Antes, sentía impotencia. Estaba sin trabajo, tenía que ver por mis hijos. El tejido me ha salvado la vida.”

En la actualidad, además es parte de una investigación científica —sobre mariposas— que realiza la Universidad Ikiam en convenio con una universidad alemana. Gladis es la asistente, tiene 46 años, está llena de esperanza. ●

Ilustrado por:
Daniela
de los Ríos



Lucero Condori

MUJERES EN STEAM

Segundo de media. El profesor les anunció que esa mañana conocerían las partes de la computadora, y cogió una tiza. ¿Una tiza? ¿Y la computadora? No, en toda el aula no había ni una sola máquina, pero atrás suyo tenía una pizarra y en esta dibujó un teclado, una pantalla y un CPU. Así se enseñaba en esa escuelita de la alejada Acostambo, en Junín; y así debió ‘aprender’ Lucero durante prácticamente toda su vida escolar en cada uno de los colegios por los que pasó; y vaya que fueron varios.

No porque haya sido una alumna terrible o constantemente expulsada, sino porque su papá trabajaba en construcción de carreteras, una labor que se realiza en zonas rurales, lejos de las ciudades; y adonde él iba, iba con toda su familia.

Por eso Lucero estudió en Casinchihua, Apurímac; en Acostambo, Junín; en Añahuichi, Cusco; en Porcón, Cajamarca; en Huallanca, Áncash...

¡Obviamente se le complicó hacer amigas y amigos! Pues, cada vez que empezaban a conocerse, debía partir a una nueva zona rural, a un nuevo colegio.

Acabada su vida escolar, su deficiente formación se notó ni bien inició sus estudios de Computación e Informática, pues a diferencia de sus compañe-

ros no sabía usar la computadora. ¡Ni redes sociales tenía! ¿Por qué entonces eligió esa carrera? Pues porque la asumió como un reto. En realidad, Lucero quería ser ingeniera industrial, pero no ingresó a la universidad y su papá le sugirió que pruebe una carrera técnica. Eso hizo, y le encantó.

Había dejado a su familia viajera, vivía en Arequipa con su abuela y, de no saber usar una computadora, pasó a ser la primera de la clase. Destacó como programadora, desarrollaba softwares para empresas, aunque no se sentía valorada; cosa que sí ocurría con los egresados de universidades. Así que postuló a una y, ahora, le falta solo un ciclo para recibirse como ingeniera de sistemas.

El 2018 partió a Satipo. Ese viaje definió su vida. Allá fue coordinadora de innovación y soporte tecnológico en una escuela estatal que era todo lo contrario a cualquiera por las que ella había pasado. Tenía sala de cómputo. ¡Con computadoras para cada alumno! También tenía profesores que no las querían utilizar.

A ellos no les pagan por eso —decían—, sino por dictar clases. Además, más que aprender, seguro los chicos se irían a distraer. ¿Y si se rompían? ¡Quién las iba a pagar! ¿Ellos?

Con paciencia, apagó sus miedos, entendieron que la tecnología es una aliada que está a su servicio; y, por supuesto, el más beneficiado fue el alumnado. Lucero se vio reflejada en esas chicas y chicos. ¿Qué podía hacer para terminar con la desigualdad entre la enseñanza rural y en las ciudades?

De regresó en Arequipa se unió como voluntaria a grupos que impartían clases de programación a escolares. Pero la mayoría de los inscritos eran niños y, las pocas niñas que asistían, no eran como sus compañeras de las escuelas rurales. ¿Quién se estaba ocupando de ellas? Nadie. ¡Pues esa sería su misión! Así nació Mujeres en STEAM.

STEAM es la sigla en inglés de Ciencia, Tecnología, Ingeniería, Arte y Matemáticas. Todos sabemos eso, ¿no? ¿También que es una propuesta para atraer a los estudiantes a esas habilidades? Ok, continuemos.

¿Qué hizo Lucero? Tras investigar qué se estaba haciendo en otras partes del mundo, lanzó una convocatoria: Taller de Python para niñas. Sí, para que aprendan ese lenguaje de programación con el que —entre otras cosas— podrían crear sus propios videojuegos. Un taller virtual y gratuito; y como era el 2021, lo realizó en plena pandemia.

Hubo más de ochenta inscritas. Niñas no solo de Arequipa, sino también de Ica, Tacna y Lima, incluso de Francia, México y Ecuador.

Con animaciones, una niña de 10 años terminó creando un cuento virtual sobre la leyenda de la sirena que, con sus lágrimas, formó la laguna de la Huacachina. Ella es de Ica y, precisamente, ese es uno de los intereses de Lucero: que se diviertan trabajando temas vinculados a sus comunidades.

“Muchas niñas que se han inscrito han agarrado una confianza inmensa”.

Si bien eso la complacía, tenía una meta que la pandemia y la falta de recursos le impedían cumplir: llegar a zonas rurales e introducir a las niñas y a sus mamás en el mundo de la programación. Esa meta, sin embargo, se está por cumplir, porque el 2022 esta futura ingeniera de sistemas de 32 años ganó el premio Conectarse para Crecer y, con el fondo obtenido, ha comprado la camioneta con la que ahora sí podrá viajar hasta alejadas comunidades; como aquellas en las que ella vivió y estudió.

“Hacer esto implica soltar varias cosas —un trabajo seguro, un sueldo seguro—, pero también abrazarte al impacto que estás logrando, al cambio que quieres lograr”. ●

Violeta Quevedo

MOTOR Y MOTIVO

Su mamá es su fan. Si le das la oportunidad, te va a decir que cuando Violeta estaba en el colegio fue elegida la mejor alumna de toda la región Tacna; que no hizo una, sino dos carreras universitarias –ingeniería civil y contabilidad—; y que fue su espíritu emprendedor el que la llevó a transformar la terrible pena que sufría su familia en la empresa social que ahora ambas lideran: Portamor.

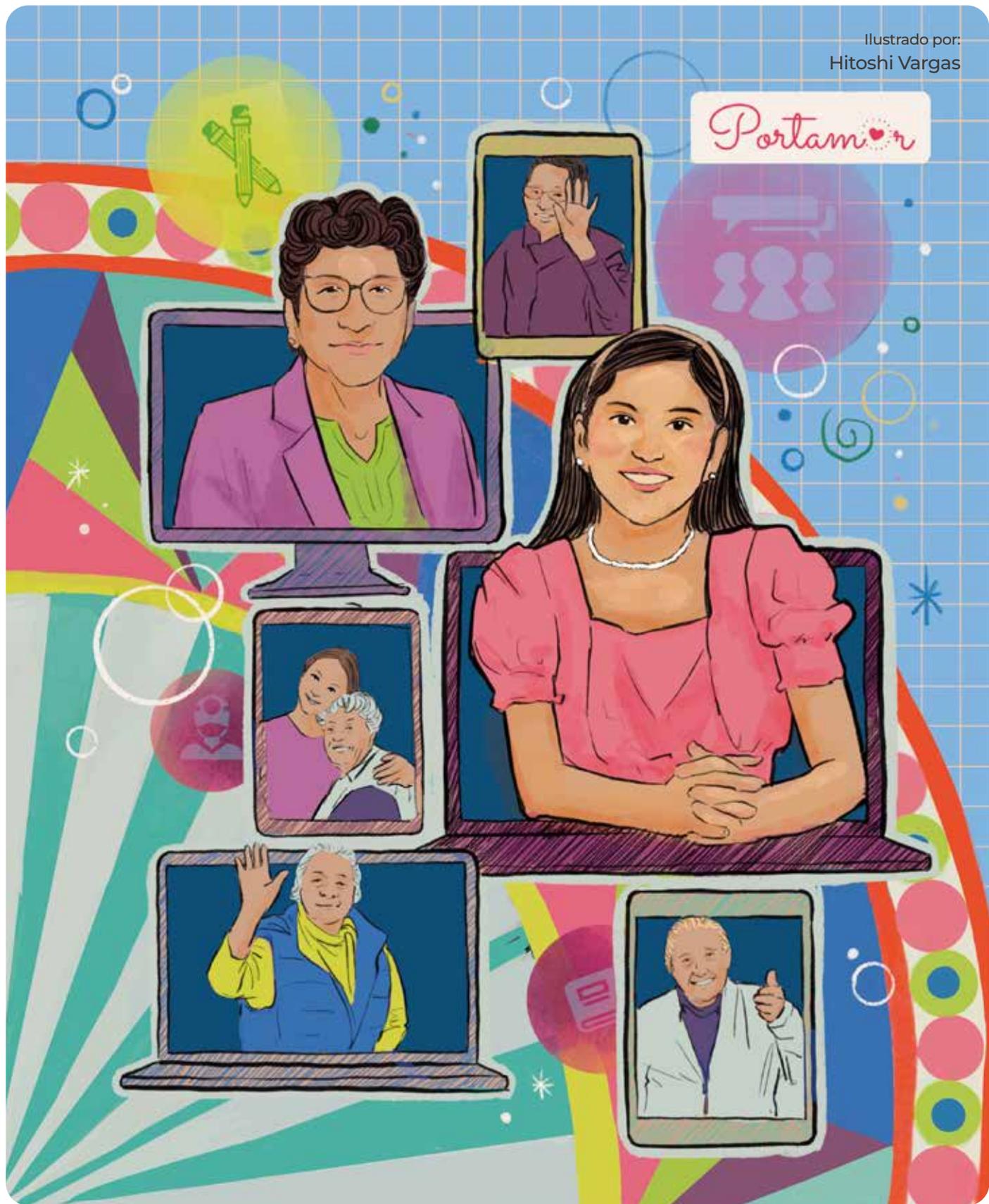
El 24 de noviembre del 2020, en plena pandemia, falleció la mamá grande de Violeta (así llamaban a su abuela). No fue el COVID-19, ella sufría una enfermedad y, las duras condiciones en las que se vivía en Tacna y en todo el Perú debido a la cuarentena, aceleraron el deterioro de su salud. La mamá de Violeta se sentía muy afectada, pues siendo enfermera de profesión estaba convencida de que hubo maneras de prevenir ese final.

Ella, María Soledad, también es catedrática. En la universidad, precisamente, dicta un curso sobre cuidados al adulto mayor.

A Violeta la impactó la pena de su madre, la escuchaba con atención. María Soledad recordaba tanto los últimos días de su mamá, como su proceso de envejecimiento. En base a sus conocimientos reflexionaba sobre lo que pudo haberse hecho para evitar —quizás— lo que ocurrió. Fue entonces que surgió la idea: ¿Y si transforman su dolor en un acto de bien? ¿En algo que beneficie a todo adulto mayor?

Ilustrado por:
Hitoshi Vargas

Portam^{or}



Sería una suerte de homenaje a la mamá grande. ¡Les encantó! Todavía no sabían en qué irían a transformar su pena, pero Violeta ya tenía el nombre; su iniciativa se llamaría Portamor.

¿El siguiente paso? Escuchar a familias que vivieron una experiencia similar a la suya, también a médicos y cuidadores de adultos mayores. Querían saber cómo podían ser útiles; y como todo ocurría en plena pandemia, fue a través de charlas virtuales que supieron cuál sería su misión: educar; para así facilitar el mejor acompañamiento posible a las personas de la llamada tercera edad.

En marzo del 2021 dieron su primer taller virtual de concientización. Tenían este eslogan: “Envejecimiento activo y saludable”. La convocatoria, a través de sus redes sociales y las de Portamor, fue un éxito: se inscribió un centenar de adultos mayores. Ese solo hecho acabó con el prejuicio de que su público y la tecnología no se llevan bien. Es más, consultados esos cien hombres y mujeres sobre qué les parecía su eslogan, la mayoría se lo tumbó. No les gustó la palabra ‘envejecimiento’.

Esa fue otra información clave, porque les probó que mucho adulto mayor no se reconoce como tal; y eso que, según la Organización Mundial de la Salud, pasados los 60 años —nos guste o no— pasamos ya a ser miembros de ese club.

María Soledad recuerda que, a esa edad, su mamá le contó que le dolían los huesos, y si bien siguió un tratamiento, se lo dejó de comentar. ¿Quizás para no preocuparla? ¡Pues para eso, precisamente, había llegado Portamor! Para hacer posible la apertura total.

Una década después, la mamá grande se cayó, se fracturó la cadera y, con los años, perdió independencia. Usó primero bastón, luego andador, hasta que le fue imposible valerse por su cuenta. Eso, sumado a los efectos de la

pandemia, deterioró su salud. Determinaron que su propuesta de acompañamiento también debía poner atención en hechos como ese.

La meta de Portamor es educar: ser una comunidad que dé soporte al adulto mayor y a sus familias; y también una plataforma interactiva de aprendizaje, que lleve ayuda más allá de Tacna, tal como lo está haciendo. Sí, porque ante la buena respuesta recibida, madre e hija se están distribuyendo las tareas: en la Heroica Tacna está María Soledad, trabajando de manera presencial en la concientización de más adultos mayores; y, Violeta, en Lima, llegando a poblaciones sin acceso a Internet o que rechazan la tecnología.

¿Y la plataforma interactiva? Precisamente por esta propuesta es que el 2022 obtuvieron el premio Conectarse para Crecer en la categoría Educación. Su lanzamiento está previsto para fines del 2023. En ella, el adulto mayor y sus familiares encontrarán cuatro secciones —Formación, Especialistas, Comunidad y Seguimiento— con información para una mejor calidad de vida. El premio les ha permitido potenciar la gestión de marketing. En tanto, continúan grabando cursos especializados en video que cuelgan en su web.

“El dolor que vivimos se transformó en el motor y motivo para que pudiera nacer lo que ahora es Portamor”.

Los mensajes de texto y audio que Violeta recibe son la prueba de que van por buen camino. Les agradecen, incluso personas que viven solas, que no tienen a nadie en casa y que, viéndolas, siguiéndolas en sus espacios virtuales, se sienten arropadas.

Eso es lo que hubiese querido Emma, su querida mamá grande. ●



Anyela Gómez



Lucero Condori



Violeta Quevedo



Rita Suaña



Justina Montalico



Iris Chero



Aurora Loaiza



Pamela Minchala



Gladis Grefa



Lorena Parra

Mujeres Emprendedoras

